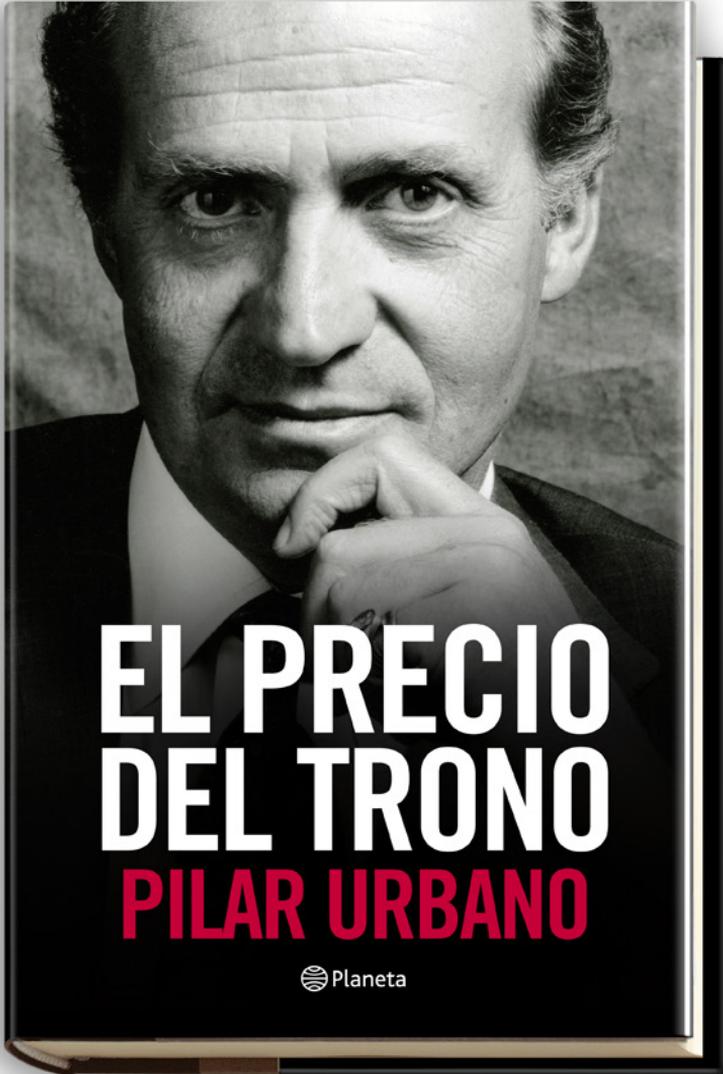


Fragmento

El precio del trono

Pilar Urbano



Míster X mueve ficha

Sentado de espaldas al ventanal, Richard Eder, de *The New York Times*, escrutaba el rostro de Juan Carlos como si quisiera aprendérselo de memoria. No habría fotos del encuentro. Ni grabación magnetofónica, ni frases entrecuilladas. *Off the record*. Así lo habían convenido. «Tú, Richard, pregúntame lo que quieras. Yo te contestaré a tumba abierta; pero cuando te pongas a escribir recuerda que esta conversación no ha existido.»

El Príncipe tenía unas cuantas cosas que decir, y había decidido decirlas donde más gente pudiera leerlas: *The New York Times*.¹

Jersey rojo de cuello vuelto, *jeans* y chaqueta de cheviot, Juan Carlos sorprendió al periodista ya al aparecer por la puerta de su despacho con ese atuendo informal de andar por casa. Después, su buen inglés, sus giros castizos en español, su gestualidad enormemente expresiva, o alguna carcajada repentina que invitaba fácilmente a compartir la risa.

Sin embargo, los temas que hablaban eran serios. Eder no se andaba con rodeos. Muy a la americana, llamaba a las cosas por su nombre: «el dictador», «el búnker», «la jaula de oro de La Zarzuela», «*the boy*, el chico Borbón, de quien sólo se espera que sea la fotocopia de su anciano mentor, el Caudillo...».

—Sé que dicen eso y... cosas peores. Mira, yo no pienso imitar ni seguir la línea de nadie. Soy el sucesor de Franco, sí. Soy el heredero del poder político de Franco, también. Pero sobre todo soy el heredero de España. Es algo que trasciende al régimen y que me trasciende a mí.

—Le llaman, usted lo habrá oído, «Juan Carlos el Breve», y aún no ha empezado a reinar...

—¡Está por ver! Ciertamente, si no logro una democracia repre-

sentativa en la que quepan todos los españoles y cada uno se sienta en su casa, tendré pocas posibilidades de mantenerme como rey. En otras palabras: no tengo la menor intención de reinar en un régimen de dictadura. Trabajaré todo lo duro que haya que trabajar para abrir el sistema político de este país... Yo no puedo menos que agradecer al Caudillo lo que ha hecho por mí. Incluso, admito que después de la Guerra Civil pudo ser necesario un tipo de Gobierno como el que Franco creó. No entro ahora en ese tema. Lo que no pienso hacer es quedarme mirando al pasado. Yo miro al futuro, y sé que España necesita otro régimen muy diferente.

—Cuando dice «una democracia en la que quepan todos los españoles», ¿piensa también en la oposición de izquierdas que está en el exilio?

—Por supuesto: la derecha, el centro, la izquierda, el interior, el exterior... Desde niño me lo inculcó mi padre, «ser rey de todos los españoles». Pero, Richard, yo eso no puedo decirlo. —Juan Carlos se adelantó casi hasta el borde del sillón donde estaba sentado, para enfatizar sus palabras, juntó las palmas de sus manos como si suplicara—. Por muy arraigada que esté en mí la determinación, ¡no puedo decirlo! No obstante, quiero que se sepa; es bueno que fuera de este despacho vayan sabiendo lo que pienso...

—Don Juan ha mantenido que una Monarquía estrechamente vinculada al general Franco nunca sería aceptada por los españoles. En cambio, según usted, o la Monarquía era proclamada por el general Franco o...

—O nunca sería proclamada. Pero entre mi padre y yo había una diferencia de contenido ideológico, sino de calendario estratégico. Y ahí están los hechos.

—En todo caso —el periodista jugaba bien su papel inquisitivo—, no parece que la Monarquía sea muy popular en España.

En el vade de su escritorio Juan Carlos tenía una encuesta de Foesa,² inédita y recién hecha. La pregunta era qué sistema preferían los españoles después de Franco. Las respuestas no podían ser más demoleadoras para él: República, 49,4 por ciento; régimen actual, 29,8 por ciento; Monarquía, 20,8 por ciento.

A pesar de la autocensura y el temor de los que contestaron, media España quería una República. El régimen franquista aparecía muy devaluado. Y la Monarquía no despertaba entusiasmos.

No habló de esos datos con el periodista; le respondió por elevación:

—Yo llevo aquí desde 1948, y de la Monarquía no se ha hecho ninguna propaganda. Peor: antipropaganda y mala prensa. O silencio. Ésa es ahora una de mis mayores dificultades: informar, explicar la Monarquía que quiero construir: una Monarquía europea, democrática, moderna, eficaz, sin lujo, ni cortes ni privilegios, que sirva al pueblo y se apoye en el pueblo.

El Príncipe se había puesto en pie y mientras hablaba recorría arriba y abajo su pequeño despacho. Eder anotó en su libreta: *It has an air of confinement*. Un «aire de reclusión».

—Para eso necesito estar en contacto con la gente: obreros, agricultores, estudiantes, profesionales... Romper las barreras que me ponen éstos. —Con los pulgares señalaba hacia el techo, como si dijera «estos de aquí, estos de arriba»—. No lo hacen por aislarme, estoy seguro, sino por protegerme; pero me separan de los ciudadanos... Lo hablaba este verano con Hill, vuestro embajador. Y ése es el consejo que me dan el rey Balduino de Bélgica y mi cuñado, el rey Constantino: «Sal del palacio, ve al encuentro de la gente, demuéstales que conoces sus problemas y que quieres ayudarles a resolverlos.»

—¿Y por qué no lo hace?

—¿Ir a las fábricas? Lo he hecho, pero no sirve de nada si no puedo decirles a los trabajadores lo que yo quiero y no lo que quieren los asesores oficiales. ¿Montar viajes y visitas por mi cuenta...? Yo ya no soy una pieza aislada del Estado, no puedo ir y venir como un turista. Hay cuestiones de protocolo, de seguridad, de logística, de conveniencia política... Dependo mucho del Gobierno para organizar mis movimientos. ¡Y soy el que más acusa esas limitaciones!

Juan Carlos volvió a rellenar la taza de café del corresponsal americano y la suya. Después, le contó algunos casos recientes en los que él había hecho una propuesta y el Gobierno había resuelto lo contrario:

—Nada más ocurrir las inundaciones de Almería,³ pedí ir con la Princesa a las zonas siniestradas para estar con los damnificados. Me dijeron que esperase. Pasaron cinco días. Y entonces se descolgaron con que iría el ministro Vicente Mortes. Bien. Pablo VI canonizará en mayo a un sacerdote español, Juan de Ávila, y yo he propuesto encabezar la delegación que irá a Roma. Pero ya me han dicho que va el ministro de Exteriores, López-Bravo. Y otra más: el príncipe Bernardo de Holanda me ha invitado a representar a España en la reunión del World Wildlife Fund, que será en noviembre en Londres. Aún faltan casi diez meses,

pero no puedo contestar si acepto o si declino, porque aquí no acaban de ver claro ese viaje. Quizá por el contencioso de Gibraltar...

—¿Y qué tiene que ver Gibraltar con la defensa de la naturaleza? Eso suena a pretexto político. ¿No será porque el príncipe Bernardo de Lippe es también presidente del Club Bilderberg?

Juan Carlos puso cara de extrañeza, sorprendido por la conexión que había hecho el periodista; pero no hizo ningún comentario.

—En todo caso —continuó—, yo no estoy aquí para crear dificultades, sino todo lo contrario. Me toca a mí adaptar mis planes a lo que el Gobierno considere de interés nacional.

—¿No se siente frustrado, decepcionado, al ver que su agenda diaria sigue estando tan en blanco como antes de ser designado sucesor? Porque, salvo los entorchados de general en sus bocamangas y la escolta reforzada, todo sigue igual.

—No me siento frustrado. Hombre, la verdad, yo sí esperaba que con mi designación se acabaría el estar más o menos cruzado de brazos, inventándome el quehacer de cada día. Sobre todo, terminaría el largo silencio, la falta de interlocución directa con los españoles, que es lo que más me importa. Y ése es mi plan inmediato. Yo lo llamo «el kilométrico»: viajar lo más ampliamente que pueda, llevar mi propia voz y mi propio mensaje dentro y fuera de España.

—¿No tiene la sensación de que el general Franco le ha firmado una póliza de seguro y que rápidamente la ha vuelto a guardar en un cajón?

—Estoy seguro de que no es ésa la idea del Generalísimo.

—Sin embargo, ley en mano, Franco puede revocar su nombramiento de sucesor...

—Poder, puede. Con unas causas fundadas y serias: si yo chocase con los intereses del Estado o me desviase de la conducta exigible a un futuro rey.

Juan Carlos miró el reloj. Quizá porque era zurdo, corregido pero zurdo, lo llevaba en la muñeca derecha. Richard Eder revisó su libreta y dijo que le quedaban al menos un par de cuestiones.

—Venga, dispara. Pero te recuerdo que ni media palabra entre comillas.

—Los cotilleos políticos lo vinculan con el nuevo Gobierno, el de Carrero.

—¿A mí? Ese Gobierno lo han elaborado entre Franco y Carrero. ¡Yo no he tocado bola! Ni en éste ni en ninguno. No me corresponde.

Pero, ya que sacas el tema, te aclararé que ni el Gobierno de Carrero es mío, ni yo soy el Príncipe de Carrero. Es como cuando oigo «Monarquía del 18 de julio» ¡Eso no tiene sentido! La Monarquía no puede ser ni azul, ni roja, ni falangista, ni franquista. La Monarquía viene de muy atrás, de una larga lista de reyes; viene de la historia y no puede concretarse en algo tan de coyuntura como la Secretaría General del Movimiento.⁴

—¿Tampoco es el Príncipe de Franco?

—Tampoco. Soy el Príncipe de España, con todo lo que eso significa. Mira, yo ni reniego del Generalísimo, ni me meto a juzgar su obra, ni tolero que en esta casa se le critique. Pero dicho esto, no me siento comprometido con el bagaje político de Franco. Ni voy a seguirlo cuando llegue a reinar. Hay logros económicos y sociales de este régimen que deben mantenerse; pero es evidente que España está cambiando y tiene que cambiar aún más. Ha de ponerse *à la page* de las democracias occidentales. Mi papel, hoy como príncipe y mañana como rey, es presidir ese cambio y garantizar que, sin convulsiones y sin vuelta de la tortilla, los españoles puedan optar libremente por gobiernos conservadores, o liberales, o socialistas.

Con astucia, Juan Carlos había dicho lo que deseaba que se supiera; y bajo siete llaves había guardado lo que no quería airear. En efecto, transcurrido más de medio año desde que juró como sucesor, veía su horizonte muy oscuro, gris marengo. Habían dejado de llamarle para las audiencias de los lunes con Franco. Incluso Carrero se le desmarcó inopinadamente una buena mañana de enero. Adelantándose a los tiempos, como si tuviera prisa, le dimitió en futuro. Futuro de subjuntivo.

—El haberle ascendido a vicepresidente del Gobierno es un paso —le había comentado el Príncipe—; pero Franco ahí se ha quedado corto. Lo deseable, almirante, es que el Generalísimo delegue poderes y le nombre presidente del Gobierno.

—Si cuando el Caudillo muera, yo estoy al frente del Gobierno, sepa, Alteza, que dimitiré inmediatamente —soltó Carrero a quemarropa.

—Pero ¿qué me dice usted? ¡Ni hablar!

—Ah, no, en eso no tengo ni media duda. Estoy dispuesto a presidir el Consejo de Ministros y a ser el *número dos* con el Generalísimo, porque él me lo manda y mi deber como militar es obedecerle; no porque me interese la política, ni ser presidente del Gobierno. Pero, no es-

tando Franco, yo no seguiré. Os lo avanzo ya, Alteza. Así que id pensando en quien haya de ser vuestro primer ministro cuando seáis Rey.⁵

¿Lo pensaba de verdad? En alguna otra ocasión le dejó caer los nombres de Torcuato Fernández-Miranda, Laureano López Rodó, Gregorio López-Bravo, o el general Manuel Díez-Alegría como «posibles jefes de Gobierno para cuando seáis Rey». Sin embargo, Juan Carlos no acabó de creerse que Carrero se marcharía a su casa dejándole el campo libre cuando hiciera sus planteamientos de cambio político. Un cambio que podría ser más o menos lento, pero inexorable.

El armazón ideológico de Carrero era muy peculiar. Si hubiese que definirlo con una sola palabra, la menos lesiva y más apropiada sería *extemporáneo*. En lo personal, un hombre íntegro, virtuoso, trabajador sin topes, buen padre de familia y moralmente blindado ante cualquier ambición de poder o apetencia de riqueza. Pero, junto a esos valores personales, su exacerbado conservadurismo lo había convertido en un inmovilista, cuando no en un regresista, que desafiaba los cambios de los tiempos. Así, su catolicismo a machamartillo le hacía sospechar hasta de Pablo VI por su actitud en favor del Concilio Vaticano II. Con fehaciente constancia documental, cabía decir del almirante Carrero que era, literalmente, «más papista que el Papa».⁶

No ocurría lo mismo con su lealtad a Franco, que había llegado a ser en él una devoción acrítica, una adhesión a ojos cerrados. ¿Cómo iba a ser crítico? Hubiese sido una contradicción esquizofrénica, toda vez que Carrero respecto a Franco no era «la voz de su amo», sino «el cerebro de su amo». Mientras Carrero se ocupó de resolver decretos, leyes, expedientes y demás papeleo desde la trastienda, el tándem funcionó. Lo malo fue su encumbramiento presidencial, porque Carrero era un buen gestor de despacho, no un estratega político, y no un gobernante.

La gran paradoja de un marino varado más de treinta años en los intestinos del Estado es que no fuese político. Carrero era un extraño biotipo apolítico. Ni falangista, ni demócrata-cristiano, ni socialdemócrata, ni liberal, su ideario tenía un solo dogma: la unidad de la patria. En lo demás se retrataba por el anatema: enemigo de aperturas democráticas y de cualquier asociacionismo que pudiera derivar en partidos; contrario a los sindicatos por el peligro de la lucha de clases; anticomunista visceral; obsesionado perseguidor de la masonería, a la que atribuía una sigilosa eficacia diabólica; refractario a los *conglomerados* europeístas e internacionalistas, etc.

Se decía monárquico, y batalló por abrir paso al Príncipe hacia el

trono. Pero no porque creyera en los derechos legítimos de la dinastía Borbón, sino porque Juan Carlos se había criado y formado a la sombra de Franco y podía encarnar, después del Caudillo, «la única legitimidad que existe en España: la nacida el 18 de julio de 1936». Ése era su monarquismo.⁷ Y Juan Carlos no pensaba asumirlo de ninguna manera.

«Juan Carlos se orienta hacia una España democrática.» Así tituló Richard Eder su reportaje en primera de *The New York Times* y cinco columnas más de texto en el interior. Una gran foto del Príncipe —foto de archivo, todavía con uniforme de capitán— y varias frases en las que Juan Carlos hacía saber a «terceros de su confianza» que él no era un apéndice dócil del Gobierno de Franco, que no pensaba reinar sobre una dictadura, que quería para España una democracia con partidos políticos, y que se sentía acogotado en sus actuaciones oficiales. Un desmarque en toda regla.

Se soliviantaron dos o tres ministros y varios procuradores. «¡Esto se veía venir... Y no es más que el principio!» El Príncipe había ido demasiado lejos. O había descubierto su jugada demasiado pronto. Debía medir sus toques. Sin perder un minuto, Torcuato Fernández-Miranda le organizó un acto de *compensación* con la Guardia de Franco, un cuerpo paramilitar de excombatientes falangistas. Lo más ultra.

Meses antes, conversando en La Zarzuela con Robert Hill, el embajador de Estados Unidos, Juan Carlos le había comentado:

«En el acto de mi jura como sucesor se produjo una ovación cerrada, allí en el salón de plenos, mientras yo estaba en el estrado junto a Franco. Y otra, menos cerrada, más dispersa, pero muy espontánea, entre la gente de la calle, cuando la Princesa y yo abandonábamos el edificio de las Cortes. A mí, como prueba de apoyo, el aplauso de la calle me pareció mucho más indicativo que el de dentro, que era oficial y obligado.»⁸

Su tarea primordial era ganarse la calle. Puerta a puerta como un vendedor de biblias. Necesitaría ciertas herramientas, cierta infraestructura oficial, porque acababan de darle un toque de aviso para frenar sus iniciativas. Pensó en hombres que desde el *establishment* pudieran conectarle con el asfalto. Clase dirigente pero no ministros, sino directivos de segunda fila, más pegados al terreno que debía recorrer. Se estudió el organigrama de los ministerios, que habían cambiado con el nuevo Gobierno de octubre de 1969. Subrayó los nombres de tres directores generales ubicados en puestos clave para un Príncipe que tenía que hacer

su *campana* en primera persona: Fernando Lián Zofío, como director general de Política Interior designaba a los gobernadores civiles y mandaba en ellos. Fernando Ybarra López-Dóriga, desde la Dirección General de Administración Local nombraba a los alcaldes. En la «democracia orgánica» de Franco, los alcaldes y los ediles no eran elegidos por el voto del pueblo sino por el dedo de la autoridad. Lián e Ybarra situarían en los cargos de gobernadores y alcaldes a un puñado de hombres favorables al cambio y a la Monarquía. Así lo hicieron, y antes informaron al Príncipe del *quién es quién*. El tercer director general era Adolfo Suárez: de su mesa de despacho arrancaban los poderosos manubrios de la Radio Televisión Española (RTVE). En un sistema de monopolio informativo, la televisión pública —y única— era la llave maestra para proyectar una imagen del Príncipe que tuviese a la vez popularidad y prestigio.

Hubo otros amigos útiles en aquellas horas: Miguel Primo de Rivera le traía información del aparato movimientista más retrancado, «el enemigo» en su argot. Jaime Carvajal y Urquijo le abrió puertas en el mundo financiero. Simeón de Bulgaria ofreció su prodigiosa agenda de amistades. Manolo Prado Colón de Carvajal y Nicolás Franco Pasqual del Pobil ayudaron como enlaces y abrocharon contactos políticos muy alambicados. José Mario Armero resultó un hábil organizador de su *marketing* cara al exterior. Ignacio Gómez-Acebo, *Paddy*, como presidente de Gallup, aportó los sondeos de opinión pública. El pulso ciudadano. La primera vez fue un susto. Coincidieron en una cacería. Paddy, sin pelos en la lengua y la confianza de ser contrapariantes y amigos de muchas farras de juventud, le espetó:

—Te la juegas, Juan... En la última oleada de encuestas he hecho que pregunten sobre ti, para medir tu nivel de popularidad: un 9 por ciento raspado. ¿Interés hacia la Monarquía? ¿Por los suelos!

Desastroso. Así estaba el patio —recordaría Gómez-Acebo tiempo después—. Demasiados años centrando todo el protagonismo y toda la parafernalia en Franco, y el Príncipe siempre detrás, siempre por debajo, siempre oscurecido. Eso machaca al más pintado. Pero ya en los primeros años setenta el tiempo jugó a su favor: Franco envejecía por días y Juan Carlos se hacía un hombre maduro. Él nunca fue un intelectual de reflexión y de discurso brillante. Él tenía figura, juventud, instinto para calar a las personas y, en el momento más apurado, una salida espontánea y una simpatía que desencuadraban al más tieso. Eso sí, sin per-

der nunca su *clase*. En cuanto metió la marcha y se puso a recorrer pueblos y a visitar factorías, universidades, centros industriales, empezó a remontar y de aquel 9 por ciento llegó al 71. Se lo trabajó él. Aunque no hiciera nada especial por ganarse esa popularidad. Pero estuvo donde debía estar.⁹

Se trataba de persuadir a los españoles de que todo lo «atado y bien atado» podría desatarse. Y que eso sólo podría hacerlo él, y lo haría. Él, como Alejandro, cortaría el nudo gordiano.¹⁰

Juan Carlos también era consciente de que tenía en contra al búnker del régimen, a los falangistas, a los monárquicos juanistas y, sobre todo, a los republicanos socialistas, liberales, comunistas. Había leído críticas recientes y muy enconadas de Pablo Castellano, Miguel Boyer, Gregorio Peces-Barba, Mariano Aguilar Navarro, *Ruedo ibérico*, etc. Cuestionaban de la cruz a la raya su aceptación como sucesor. Lo veían como «el Borbón de Franco», «la marioneta de Carrero»... Eran escritos muy hostiles de decepción y desprecio por el continuismo franquista que adivinaban en Juan Carlos. La oposición democrática ya no eran aquellos hombres fósiles del exilio y la nostalgia, sino una nueva hornada que despuntaba con brío. Los hombres del futuro. De su propio futuro. La otra España. Y no iba a darles la espalda. Al contrario, avistando el día D + 1 de su reinado, empezó a mover hilos y a recibir «visitas clandestinas». Con discreción, a veces con camuflaje que despistara a los del control de La Zarzuela. Necesitaba esos encuentros para darse a conocer, chequear las dudas y las posiciones del otro, y convencer a cada uno de sus intenciones de cambio político. Conversaciones de tú a tú en las que el Príncipe era el *marchand* de sí mismo.

Ya en 1965 Marcelino Oreja le había aconsejado *civilizar el staff* de Zarzuela. El equipo que asistía al Príncipe era militar. Y le dio un nombre, Jacobo Cano, economista, demócrata-cristiano y director del Colegio Mayor San Pablo. Jacobo imprimió a la Casa Civil un estilo dinámico, abierto y facilitó a Juan Carlos las fichas personales de las mejores cabezas jurídicas y políticas de la Democracia Cristiana.

Oreja llevó a dos colegas diplomáticos: Antonio Oyarzábal, casado con la hija del senador y embajador americano Cabot Lodge, y José Joaquín Puig de la Bellacasa. Éste a su vez presentó al Príncipe a los socialistas Fernando Morán y Raúl Morodo, que eran del grupo de Tierno Galván, al demócrata-cristiano antifranquista Manuel Villar Arregui, y al liberal José Pedro Pérez-Llorca. Pérez-Llorca, letrado de las Cortes,

jurista de muy vasta ilustración, había estado y había salido del FLP, *el Felipe*,¹¹ una «nueva izquierda» heterodoxa, universitaria y obrerista, influida por el maoísmo, que se ubicaba a la izquierda del PCE y pretendía una mixtura cristiana y marxista. Después, con otros estudiosos del derecho y la política, fundó el Círculo Jovellanos.

Militante también del *Felipe*, José Luis Leal, antiguo compañero del Príncipe en Las Jarillas y Miramar, tenía un piso franco con otros *camaradas*, y fue discreto canal de contactos.

Asentado en el mundo de la oligarquía financiera, su amigo Jaime Carvajal y Urquijo le presentó al subdirector del Banco Urquijo, Luis Solana Madariaga, presidente de la clandestina Asociación Socialista Universitaria (ASU), por la que ya había estado en la cárcel, y a varios jóvenes profesionales que apostaban sin titubeos por la democracia, como el socialdemócrata Luis Gamir. Igual que las cerezas, unos llevaron a otros; el diplomático y también socialista Juan Antonio Yáñez-Barnuevo, el jurista y hombre de negocios Rafael Pérez Escolar, los abogados Antonio Garrigues-Walker y Antonio Villar Massó, que colaboraba en el bufete Garrigues.

No dejaba de tener su atractivo y su encandile la llamada de La Zarzuela. Estando una tarde en el Palacio el periodista Carles Sentís con su paisano Jordi Pujol, saludó de lejos a Puig de la Bellacasa. «Es un hombre del entorno de Juan Carlos.» «Ah, pues, preséntanos.» Al cabo de unos días entraba *de tapadillo* en palacio, como copiloto de Puig de la Bellacasa, quien con el tiempo sería *el molt honorable president de la Generalitat*. Juan Carlos estaba teniendo encuentros con políticos catalanes y vascos, calibrando la importancia de que unos y otros se sintieran apreciados en su genuina identidad y asociados desde la primera hora a la tarea de hacer la España de todos.¹²

Simeón de Bulgaria y Nicolás Franco Pasqual del Pobil le habilitaron interesantes contactos con la izquierda. Había que sortear la proscripción y la ilegalidad. Pocos años después, Simeón de Bulgaria telefonaría al presidente de Austria, el socialista Bruno Kreisky, con un curioso mensaje:

—El Príncipe de España, muy amigo mío, quiere saber a quién hay que llamar para acordar una entrevista con el PSOE: me pide un teléfono y un nombre.

Tenía su explicación ese «no saber a quién»: en aquellos momentos se libraba dentro del PSOE una peculiar *guerra civil* entre los socialistas del exterior bajo el mando de Rodolfo Llopis y los del interior, organi-

zados en una ejecutiva sin patente oficial cuyo primer secretario era el joven abogado sevillano Felipe González Márquez.

También por entonces y con mil cautelas, se procuraba información fiable sobre la actitud del Partido Comunista de España cuando el poder pasara de Franco al futuro rey. Las noticias que le llegaban no eran alarmantes: «Los comunistas están deseando pasar a España y actuar en política, sobre un nuevo esquema. No serán violentos ni cerriles. En píldora: su cuestión crucial no es monarquía o república, sino dictadura o democracia. Y respecto a Santiago Carrillo —decía su informador— tiene retranca, pero es realista; no pedirá la luna. Como dicen los ingleses, *we can do business with this man*. Sí, con ese hombre podremos entendernos.»¹³

Pérez Escolar le organizaba encuentros y cenas para el cruce de opiniones con profesionales liberales. El Príncipe Juan Carlos se manifestó varias veces partidario de legalizar también al Partido Comunista, que no se quedase «extramuros de la España de todos», aunque —matizaba— «habrá que actuar con máxima prudencia, y no por ellos, sino por otros, eligiendo muy bien el momento oportuno».¹⁴

En contraste con aquel trasiego de visitas, contactos y mensajes que llenaban la agenda, más que privada «secreteta», del Príncipe, su agenda oficial era un bostezo de mutismo y repliegue por parte del aparato del Estado: teléfonos que apenas sonaban, viajes de farragosa preparación, insustanciales audiencias con Franco. Nada al cuadrado. *Impasse*.

De esa sequía informativa se lamentó Juan Carlos en conversación de confianza con el embajador de Inglaterra, sir John Rusell:

—Ese señor —con el pulgar por encima de su hombro señalaba hacia El Pardo— no me cuenta nada. Me llama para que vaya a verlo. Unos días se muestra astuto, rápido, espabilado; pero otros, es un anciano cansado, adormilado, medio gagá.

Sin embargo, en esa charla de abril de 1970 en La Zarzuela, el embajador no vio al Príncipe inquieto ni impaciente. Al contrario, varias veces le dijo que prefería que el relevo no llegara demasiado pronto:

—Necesito tiempo, dos años o dos y medio, para afianzar mi posición y seguir aprendiendo mis funciones. El cambio se ha de hacer de arriba abajo, desmontando con cuidado desde arriba todo lo que no... Pero antes tengo que tantear a unos y a otros, incorporar a esa tarea del cambio a los más posibles, vencer las resistencias de los inmovilistas y los prejuicios de los que querrían más que un cambio un cambiozo.

Quizá porque no se había creído la dimisión que le anunció Carre-

ro y temía que su plan democratizador chocase con el autoritarismo del almirante, en otro momento le confió a sir John:

—Yo no sé si Franco me entregará la jefatura estando él todavía en activo, o si la retendrá hasta el final de sus facultades mentales. No tengo prisa. Casi prefiero un acto final a lo portugués: que Franco, como Salazar, entregue sus poderes por mala salud, pero siga ahí en segundo plano durante meses o durante años, el tiempo que le quede de vida. Pero, eso sí, que nombre a un jefe de Gobierno.¹⁵

De esto el Príncipe habló también con Franco. Le argumentó la conveniencia de designar un jefe de Gobierno «que sea aceptado y obedecido cuando usted falte». Y le expuso su preocupación «si tengo que afrontar a un tiempo la sucesión en la Jefatura del Estado, con todo lo que eso conlleva de novedades, de cambios de personas, y eligiendo yo a mi propio presidente de Gobierno...».

—Todo se andará, Alteza —era la respuesta-fotocopia del General.

En una de aquellas audiencias, como Juan Carlos dejaba entrever que los jerarcas del Movimiento querían impedir que se instaurase la democracia, Franco alzó la voz con inesperada energía:

—¡Alteza, yo gané la guerra; no me pida que gane también la democracia! Eso no puedo hacerlo yo. Ni nadie debe pedirme que traicione casi cuarenta años de mi historia. ¿La democracia...? Eso les tocará hacerlo a Vuestra Alteza y a los jóvenes.¹⁶

«Vuestra Alteza» ya estaba en ello. Y muy afanado. La primera apelación fue a los demócratas y a los reformistas de su misma generación. Los españoles nuevos. Pero también a los españoles viejos, a los de dentro y a los del exilio. El exilio era una tralla que había vivido en su propia carne. Y que aún padecía su familia.

Utilizó muy diversos canales, mensajeros y altavoces para hacer llegar su mensaje a los diferentes ámbitos políticos. Eso sí, el mensaje era único y para todos: «Habrà libertades, pero sin ruptura.» Dicho de modos distintos: «Os aseguro unas libertades equivalentes a las europeas, pero dadme confianza y tiempo, porque a eso quiero llegar por un camino que no me obligue a romper lo que recibo»; «la Monarquía que yo encarno es la oportunidad histórica para que tengamos democracia; y viceversa: si la Monarquía no logra construir una democracia, se irá al garete.»

Pedía tiempo porque el proceso podía ser lento: «Hay mucho que desmontar... pero sólo yo podré hacerlo, porque sólo yo tendré poderes para hacerlo. Tened paciencia y confiad: mi objetivo está clarísimo y pienso ir firmemente hacia él.»

El envite era recíproco. Una Monarquía parlamentaria y representativa no se improvisa de la nada. Había que reformar el edificio político, derogar las leyes y liquidar las instituciones: Consejo del Reino, Cortes, Consejo Nacional, Secretaría del Movimiento, Tribunal de Orden Público, Sindicato Vertical... Y había que hacerlo desde dentro, es decir, contando con quienes integraban esos órganos. Además, estaba el ejército, que no podía ser desmantelado y que, con su idiosincrasia jerárquica y su mentalidad conservadora, tendría que dar el visto bueno a todos esos cambios. Un visto bueno mudo, pues no se le consultaría.

Hablando de estas cosas con el Príncipe, el socialista Luis Solana captó que Juan Carlos estaba seguro de la buena reacción militar ante una reforma total:

En las Fuerzas Armadas rige la disciplina. El toque de corneta. Se obedece siempre al jefe. Y sólo dejan de obedecer al jefe cuando hay que matarlo. En ese caso, se va al golpe de Estado. Tú obedeces al jefe o lo matas. No hay matices.

Pero el riesgo de un plante y un golpe de Estado era algo latente. Y para la operación de revocar el régimen, fue un plus que Juan Carlos hubiese pasado por las tres academias militares y tuviera el rango de general. A la hora de la verdad, lo que se iba a producir era un cambio de jefe. A un jefe lo sustituiría otro jefe. Y automáticamente, a toque de corneta, cambiarían las lealtades.

Juan Carlos tenía que utilizar esas lealtades con habilidad, para pasar a un sistema de libertades por evolución, no por confrontación. Si rompía con el pasado, la Corona le duraría poco —reflexionaba Luis Solana transcurrido el tiempo—. Y fue listo al cruzar mimbres de distinta procedencia: gente del *establishment* y gente de la oposición, gente joven y gente mayor... Él iba llamándonos a unos, a otros, nunca juntos. Cada uno en su día y a su hora. Yo no subía a La Zarzuela como emisario del PSOE, sino por mi cuenta: un joven burgués ilustrado del mundo financiero, un Solana Madariaga,¹⁷ dos apellidos con cierto *pedigrí* cultural. Claro, el Príncipe contaba con que yo era socialista y luego «pregonaría» entre mis compañeros del partido lo que me él me había dicho, pero no como un recado oficial, sino como un cambio de impresiones con el «sucesor». Después, con todos esos mimbres cruzados, él pudo tejer un cesto.¹⁸

Desde su cubículo de La Zarzuela, sin gobierno en la sombra, sin corte y sin presupuesto, Juan Carlos se estrenó en el arte de *borbonear...* por su causa, que era la causa de la libertad. El *do ut des* que iba a plantear a los españoles era: sin Monarquía no habrá democracia plena, y sin democracia plena no se mantendrá la Monarquía. El negocio interesaba a ambas partes.

Algunos ministros le decían a Franco: «El Príncipe no siente nuestros Principios», «el Príncipe nos va a traicionar». Y Franco, los ojos casi desorbitados, les increpaba: «¡Eso no es cierto! ¡Y es muy grave lo que usted dice!» Pero el Príncipe no traicionó —era la opinión de Luis Solana—. Entonces, y en sus primeros momentos como rey, fue un Borbón extraordinario en bien de la libertad. No traicionó. *Borboneó*, que es más inteligente, más sofisticado y menos agresivo. *Borbonear* cuando hay que *borbonear* es algo muy difícil, y nadie debe notarlo, pero el resultado final es brillante.¹⁹

Un Borbón borbonea en los escollos, como un Ferrari vuela en las curvas peraltadas. O no es Borbón. O no es Ferrari.

A la vez que esas visitas secretas al Príncipe, incluso varios años antes, algunos jóvenes socialistas entablaron relación con miembros de la Embajada de Estados Unidos en Madrid. Exactamente, con agentes de la CIA operativos en España bajo la cobertura diplomática de la *Residentur*. Poco después, se reunían también con agentes del SECED (Servicio Central de Documentación),²⁰ el servicio español de inteligencia creado por Carrero.

Ambas partes tenían en común un interés anticipativo: neutralizar o frenar el crecimiento del Partido Comunista y de los afiliados al sindicato ilegal Comisiones Obreras. Con vistas al «después de Franco, ¿qué?», a los socialistas les iba, y mucho, segarle la hierba al PCE, su auténtico adversario político. Por lo mismo que a Estados Unidos lo único que le importaba de España era asegurar sus prestaciones logísticas militares y que a la muerte de Franco siguiese vinculada al bloque de Occidente.

En ese zoco discreto intercambiaban información algunos hombres de izquierdas, entonces ignotos pero después notorios: Carlos Zayas, Joan Reventós, José Federico de Carvajal, Mariano Rubio... Y, embutido en su casco de motorista, salvoconducto *jet* de «chico Urquijo», o «navieros Aznar», o «grupo Fierro», Luis Solana, que entraba y salía como una lagartija de los más sorprendentes escenarios.²¹

Los más viejos del lugar no se extrañaron cuando años más tarde —reinando Juan Carlos, gobernando el PSOE, jibarizado el PCE a dimensiones de reliquia, y empastada España en la estructura militar de la OTAN—, Carlos Zayas tuvo un escaño en el Parlamento; Joan Reventós fue embajador en Francia; Federico de Carvajal se encaramó hasta la presidencia del Senado; Mariano Rubio avaló con su firma el billete de dinero circulante como gobernador del Banco de España; Luis Solana presidió instancias de alta sensibilidad: la Comisión de Defensa en el Congreso de los Diputados, la Compañía Telefónica de España y RTVE, «el ente». No lucró un ducado, pero sí una plaza fija en la Trilateral.

No serían los únicos así recompensados entre los españoles que se afanaron por la otanización de España y la democracia *templada*. Washington no fue tacaña al tirar de medallero: Luis Solana, Julio Cerón, Antonio Garrigues-Walker, Miguel Herrero de Miñón, Jaime Carvajal y Urquijo... Éste con doble silla: Trilateral y Bilderberg.

Jaime Carvajal, sin dedicarse a la política de *tablaó*, manejó jugadas clave desde la trastienda del banco familiar. A partir de la amistad de internado y pupitre, y la influencia intelectual de *primeraco* sobre Juan Carlos, Jaime iba sumando puntos con *premium* ante aquellos poderosos permanentes que evalúan la eficacia: fue él quien hizo la lista de los españoles interesantes a los que el Príncipe «debía» ver. Fue él quien organizó la colecta y contrató a un equipo de constitucionalistas para que hicieran una «maqueta» de la Transición. Fue él quien integró a su cuñado Paddy Gómez-Acebo con los sondeos Gallup en la operación de imagen del Príncipe. Fue él quien puso en contacto a Juan Carlos y al empresario Henry Ford, para que se cumpliera la indicación del Bilderberg y del Council on Foreign Relations: «Capitalizar España.»

En 1970 Henry Ford II tomó la decisión de instalar una planta de fabricación de coches en España. Cuando lo propuso ante el consejo de administración de la multinacional percibió gestos reacios, de extrañeza y desconcierto.

—¿España? Es una dictadura. No hay seguridades ni garantías de futuro. Allí todo depende de un general. Además, España está cerrada y excluida de los mercados de Europa. No existe un flujo comercial. Nos comeremos nuestros coches.

Henry Ford tomó la palabra y explicó a los consejeros:

—He tenido una conversación personal y muy clara con el príncipe Juan Carlos, en cuyas manos está el futuro de España. Me ha dicho

que, con él, España será una democracia y se incorporará a la Comunidad Europea. Ése es su proyecto in pectore. Una España democrática y comercialmente dentro de Europa es lo que me ha convencido de invertir allí.²²

En 1970 anunció Ford su elección de España. Comenzaron los trámites y de común acuerdo se optó por la localidad de Almussafes, en Valencia, para las instalaciones fabriles de la multinacional. El Gobierno español aprobó la solicitud en 1973. Y Jaime Carvajal fue nombrado presidente de Ford-España. La prensa oficial silenció absolutamente que en el origen de ese logro estuviera el Príncipe Borbón.

Clasificado «secreto» y «sólo para los ojos del presidente», en los últimos días de enero de 1970 el Consejo de Seguridad Nacional de Estados Unidos²³ remitía a Richard Nixon el borrador de un memorando de *Política respecto a España*, que revisaba y ponía al día otros anteriores.²⁴ Elaborado por orden de Henry Kissinger, consejero del presidente, el escrito recomendaba al Gobierno de Washington «presionar a los Estados miembros de la OTAN para que aceptasen a España» con una «participación militar plena» en la organización atlántica.

Sentado que el problema residía en «la oposición política a Franco de los partidos socialistas en los países escandinavos, el Benelux y el Reino Unido», el Consejo indicaba que «el apoyo británico y alemán sería clave para lograr cualquier relación; y nosotros debemos disponer a desplegar sobre ellos toda la influencia que podamos hasta conseguir su consentimiento». Y en otro párrafo insistía: «Debemos estar preparados para el mayor esfuerzo que nos sea posible, en bien de un entendimiento entre la OTAN y España.» Apuntaba la conveniencia de unas consultas asiduas al máximo nivel entre el Comandante Supremo Aliado en Europa²⁵ y el Gobierno de España; la participación española en el Comité de Amenazas en la Sociedad Moderna; el establecimiento en la península Ibérica de unas instalaciones militares de uso conjunto, a las que no llamaba «bases» sino «complejo de entrenamiento OTAN-Iberia»; etc. Mencionaba la inmediata visita del ministro de Exteriores, López-Bravo, a Estados Unidos como ocasión para «tratar con él sobre todos los acuerdos posibles entre la OTAN y España». El memorando aludía de soslayo a «la nueva política *européista* de los españoles, que quieren avanzar por sí mismos hacia Europa, incluyendo su acercamiento a Francia».

Ese documento se mantuvo «clasificado secreto» más de treinta años. Lógico. Ahí se exponían crudamente los auténticos intereses nor-

teamericanos respecto a España: bases militares con la mayor disponibilidad y el menor coste. Es decir, bases españolas integradas en la OTAN.

Para España, entrar en la OTAN podía ser un puntazo de prestigio; pero no a cualquier precio, ni por la puerta de servicio: «No somos los camareros, que pasan al comedor pero no tienen un puesto en la mesa.» En ese gallardete de orgullo nacional se apalancaría Carrero Blanco tres años después, para decir no a Estados Unidos ante las rasuradas barbas del doctor Kissinger.

Muy bien informados, los consejeros del NSC acertaban al señalar en su memorando que el entendimiento entre Francia y España se había reactivado desde que en 1967 el general De Gaulle dio portazo a la OTAN. De hecho, a los tres meses exactos de aquel dictamen, abril de 1970, De Gaulle saludaba a Franco en El Pardo inclinando su gigante corpachón como cortesía anatómica para adaptarse a la estatura de un Generalísimo cada día más resumido y enjuto.

Fue un largo mano a mano, «a solas los dos», sin embajadores ni ministros de Exteriores, ni edecanes. Sólo un intérprete español, que tomó algunas notas.²⁶

Locuaz, gesticulante, enérgico y muy consciente de ser ya la estatua de sí mismo en el retablo de la historia, De Gaulle llevó el peso y el protagonismo de la conversación. Contrastaba con Franco, lacónico, apagado, de voz débil y aflautada, asegundado deliberadamente para que el huésped francés luciera sus experiencias personales en la escena internacional:

—Los americanos se equivocaron en Vietnam —pontificaba De Gaulle—. Yo advertí a todos sucesivamente, a Eisenhower, a Kennedy, a Johnson y a Nixon: «Eviten comprometerse allí.» El sudeste asiático es una ciénaga, un lodazal donde jamás debiera haberse metido un país blanco y cristiano... Y ahora vuelven a equivocarse, azuzando la tensión en Oriente Medio.

Curiosamente, en lugar de contarse batallitas de sus heroísmos pasados, ambos generales orientaron su conversación hacia el futuro:

—Usted es el general Franco. Eso es mucho. Yo era el general De Gaulle. Era suficiente. Pero ya pasó mi época...

Ya en retirada de la política, De Gaulle podía hablar «con el corazón en la mano... no mercadeemos con la grandeza» de lo que realmente deseaba para Francia: compartir con España el desarrollo de un arsenal atómico disuasorio; España estaría exenta de salvaguardas y controles por parte de Francia; intercambiar equipos y tecnologías: carros de

combate, cazabombarderos, submarinos nucleares, etc. En fin, alianzas políticas, comerciales y militares en toda regla. No en contra, pero sí al margen de la OTAN. No en contra, pero sí al margen de Estados Unidos, «que quieren ir demasiado lejos; de hecho ya han ido demasiado lejos».

De regreso a La Boisserie, su casa en Colombey-les-Deux-Églises, comentó privadamente que la figura de Franco le había decepcionado. «Yo esperaba encontrar a un Caudillo con más nervio, con más penacho; no a un anciano amortiguado y de vuelo rasante. Con todo, ese viejo Generalísimo es un pillo muy listo. Hay que llevar cuidado con él.»²⁷

Nixon había heredado una situación problemática con España que venía de tiempo atrás, y Kissinger encargó al NSC que estudiase modos de «desembarrancar el carro»: Estados Unidos y España estaban en el tracto del acuerdo sobre las bases militares, que en 1963 se había prorrogado, en condiciones no satisfactorias para España, por un período de diez años fraccionados en dos quinquenios. Corría pues, en 1970, el segundo quinquenio; pero no estaba en el ánimo español renovar el acuerdo, salvo que se renegociara al alza.

En un clima de relaciones ásperas, bajo los mandatos de los presidentes Kennedy y Johnson se había llegado a un punto de casi ruptura cuando el ministro Castiella anunció, en 1968, que ese año expiraba el primer quinquenio y no era deseo del Gobierno español continuar en las mismas condiciones. O se revisaba a fondo el acuerdo, o se concluía. Como solución de parcheo, habilitaron una prórroga provisional, un paraguas que cubriese el plazo entre junio de 1969 y septiembre de 1970. En ese tiempo, al margen de la designación de Juan Carlos como sucesor, Franco hizo crisis de Gobierno: Carrero ascendió a vicepresidente y Castiella fue licenciado de Exteriores. Le sustituyó López-Bravo. Un cambio que Washington recibió con alivio, por el tema de las bases. Pero el carro seguía encallado.

En el contexto de la Guerra Fría, el Mediterráneo era un proceloso mar de sobresaltos continuos, municionados siempre por las dos grandes potencias. Cuando no lo agitaban los enfrentamientos de Israel con Egipto, Siria, el Líbano y Jordania, lo encrespaban Grecia y Turquía codiciando Chipre. El golpe de Estado de Muammar al-Gaddafi en Libia, en septiembre de 1969, no sólo había derrocado el régimen del rey Idris, títire de Estados Unidos, sino que había obligado a los países de la OTAN a retirarse de las bases en territorio libio. En 1970, las tropas

americanas abandonaban Wheelus, una de sus instalaciones militares más valiosas en la zona. Esa circunstancia revalorizaba todavía más la importancia estratégica de España como estación de suministros bélicos y hangar para un repliegue de tropas y equipos en el supuesto de invasión soviética sobre Europa central. Pero, aun concentrando el foco sólo en el control del Mediterráneo, Estados Unidos no podía prescindir de las bases españolas. Un dato sin vuelta de hoja.

El memorando del NSC dedicaba un buen tramo a retratar el panorama político dentro de España. Era pesimista. Pese al nombramiento de Juan Carlos para ser rey, Franco no le había transferido ningún poder. El Príncipe tenía las manos vacías. En cuanto al nuevo Gobierno de «tecnócratas modernizadores», tampoco se detectaban indicios de cambio hacia una democracia. Poco o nada cabía esperar de las instituciones oficiales franquistas —vaticinaba el informe— porque «carecían de poder y eran ineficaces»; y menos aún de la oposición al régimen, «débil y fragmentada», y cuyos líderes «autoproclamados» no tenían apoyo popular ni influían socialmente. El documento reconocía con sinceridad: «No tenemos ni el poder ni la sabiduría que serían necesarios para moldear la evolución política española a corto plazo.» Y concluía con pragmatismo: «Hay pocos motivos para mostrarnos distantes del régimen actual, con la esperanza de que ese distanciamiento acelere la llegada de un Gobierno más democrático»; por tanto «preservemos una postura suficientemente flexible que nos permita proteger los intereses estadounidenses ante acontecimientos políticos inesperados, sobre todo tras la muerte de Franco».

Nixon: «Salvo que alguien mate a Franco»

Nixon asimiló esos dictámenes y el 23 de febrero del mismo año, desde la cabecera de la gran mesa de sesiones plenarias del NSC, dijo sin andarse por las ramas:

—Señores, en Madrid no va a cambiar nada, salvo que alguien mate a Franco. Sé que hay gobiernos reticentes, pero mi opinión es que si los intereses de Estados Unidos aconsejan tratar con dictadores, habrá que hacerlo. Así pues, debemos activar una política que se mueva hacia España y lograr así una nueva relación con el Gobierno de Madrid.¹

El acto primero de esa «movida» hacia España fue recibir al ministro López-Bravo en la Casa Blanca. La magia del Despacho Oval, cierta

dulcificación en las formas y la promesa firme de un viaje del presidente Nixon a España obraron el prodigio de que López-Bravo diese carpetazo al incordio de unos «acuerdos sin acuerdo», aceptando de Estados Unidos algo distinto aunque no mejor. Así, en agosto de 1970, se apresuraron Washington y Madrid, porque la prórroga-parche estaba a punto de caducar, y firmaron un convenio de amistad y cooperación. Económicamente, pobre. Militarmente, insuficiente: seguía sin incluir la protección defensiva de Ceuta, Melilla y Canarias. Políticamente, secundario: no comprometía a los dos Estados, sino a sus gobiernos. Para Estados Unidos suponía un respiro por cinco años más. Para España, salvar el pundonor de que las bases pasasen a ser de titularidad española, y que desapareciera la humillante *cláusula secreta* en vigor desde 1953, cuando se firmaron los primeros acuerdos. A partir del nuevo convenio, en caso de conflicto bélico, los americanos no podrían movilizar sus tropas y equipos en las bases sin consentimiento previo. Al menos sobre el papel.

El acto segundo de la nueva relación fue la visita de Nixon a Franco. Desde un mes antes, contingentes incalculables de policías estado-unidenses, un tropel de agentes de la CIA, más los invasivos servicios de seguridad del presidente peinaron casa por casa toda la ruta que recorrería el séquito de Nixon durante sus dos días escasos de estancia en Madrid. El 2 de octubre de 1970, día de su llegada, en cada azotea había un piquete de vigilantes armados.

En el trayecto del aeropuerto a El Pardo, Nixon, de pie junto a Franco en el Rolls-Royce descubierto, movía ambos brazos como aspas de molino saludando a la gente que agitaba banderitas desde los arcones. En un momento de sosiego preguntó a Franco:

—¿Hubo tanto público cuando vino el presidente Eisenhower?

—Fue un recibimiento muy espontáneo, sí, pero con menos gente. Aquello se improvisó, ya sabe... —Franco no concluyó la frase. El traductor, que era el general Vernon A. Walters, destinado en la estación CIA-París, casualmente había actuado también como intérprete en 1959, durante la visita de Eisenhower. Hizo un visaje expresivo con los ojos advirtiendo a Nixon que pasara del asunto.

Luego, a solas, Walters le explicó la historia. Eisenhower no iba a visitar España en su larga gira por Europa y Próximo y Medio Oriente. En el itinerario previsto, volaba de París a Rabat, saltándose Madrid. Cuando Franco lo supo, se arrancó por las bravas y llamó al ministro de Exteriores:

—Castiella, que el embajador Areilza haga saber al Departamento de Estado, sin andarse con sutilezas diplomáticas, que nada nos obliga a

colaborar con Estados Unidos, y nada nos impide tener otras alianzas; de modo que, si España es ignorada en esa gira del presidente, nos reservamos el derecho de cambiar la orientación en nuestra política de compromiso, y girar hacia el Este... Sí, me ha oído usted bien: a Rusia.

El nuevo secretario de Estado, Christian Herter, que acababa de sustituir a John Foster Dulles, se llevó un buen susto ante el inesperado registro por donde salía Franco. En el último minuto, incrustaron una escala de Eisenhower en Madrid.

Franco no cabía en su capote. En adelante, el Gobierno americano quedó avisado sobre el riesgo de arrinconar a un país del que se requieren «servicios y facilidades».

Acompañaba a Nixon su asesor Kissinger. Sabían que el viaje carecía de contenidos políticos inmediatos: Franco estaba ya en su declive y el tema del cambio de régimen era tan delicado que no convenía ni la más oblicua alusión.

En El Pardo, Nixon y Kissinger constataron la senilidad parkinsoniana del Caudillo. Le temblaban los labios y la mano izquierda, vacilaba al iniciar cualquier movimiento, hablaba con poca fuerza y como sin fuelle. Incluso, mientras Nixon y López-Bravo conversaban en inglés, se adormiló unos minutos. Pero estaba en sus cabales y, en un momento en que el presidente Nixon exponía la conveniencia de llegar a un estatus permanente sobre las bases militares, por toda respuesta dijo:

—El presidente De Gaulle, aquí mismo, en su reciente visita, me desaconsejó renovar el acuerdo de las bases.

El anciano general pulsaba un nervio sensible. Y lo sabía.

Ya al diseñar la agenda del viaje redujeron el tiempo del encuentro con Franco, por evitarle fatiga. En cambio, se amplió la audiencia de Nixon con el Príncipe. Kissinger pasó al presidente un breve informe en el que se refería a Juan Carlos como «bastante proamericano» y consideraba que podría ser «una fuerza estabilizadora durante la Transición posfranquista». Por ello, le recomendaba «iniciar y desarrollar una cálida relación con él.»²

Nixon recibió al Príncipe en el palacete de La Moncloa, donde se alojaba. Conversaron a solas. Hubo diálogo fluido, porque Juan Carlos hablaba un inglés bastante suelto. Y hubo simpatía. Sobre la marcha, el americano le invitó: «Venga a Washington, me encantará recibirles a usted y a la Princesa.»